

Adolfo se preguntó si aceptar o no la propuesta de Maíra Iúes. Su Ego le impulsaba a aceptarla, de ser así, sería como un regreso triunfal. Su Ego le impulsaba también a rechazarla, pues estaba, nuevamente en una posición ventajosa frente a Maíra Iúes, pues realmente a Adolfo le seducía mucho la idea de que Maíra Iúes le rogara. Para su Ego, ese sería el mundo ideal: un regreso triunfal, después de una negativa, un rollo de Maíra Iúes y una aceptación final.

Por otra parte, su raciocinio no estaba muy seguro de qué era lo más lógico y su mente apenas comenzaba a procesar los pros y los contras con una precisión matemática.

Mientras esto pasaba, su emocionalidad comenzó a presentarse tímidamente.

Como un adolescente que pasa, desde los finisimientos frente a la casa de la tía que le gusta.

Cuando el ego maquinaba, sentía su garganta seca con un dejo de ansiedad. Cuando la racionalidad comenzaba a domesticar el ego, sentía en sus manos un cosquilleo que comenzaba a ser incómodo. Por primera vez en su vida, Adolfo sintió que sus sutanas querían expresar algo, pero su mente racional no sabía comprender esa letra. En medio de la incertidumbre que esto le generaba, logró tener por primera vez, durante un instante, lo suficientemente largo para notarlo y lo suficientemente corto para dudar de su existencia, su mente en blanco.

En ese momento su ego reconoció, también por primera vez en su vida, que no sabía lo que pasaba. Su raciocinio, por vías que buscó, no encontró la lógica para esa realidad.

La propuesta seguía resistiendo contra las paredes del cerebro de Adolfo, casi sin control, para lograr ángulos y aceleraciones insospechadas, pero con la delicadeza para garantizar que no saliera por las cabinas o alares. La propuesta logró filtrar alguna membrana y salir a reconer su piel, a veces lentamente, a veces velozmente. La racionalidad de Adolfo no comprendía cómo esto era posible y se declaró impotente para tomar el control del análisis de la propuesta. Se acercaba la hora convenida con María Inés para conversar y dar su decisión de aceptar o no la propuesta. Le costó mucho trabajo a Adolfo ubicar dentro de su cuerpo, en cual molécula específica estaba la propuesta. Parecía que había tomado una propia. Cuando estaba frente a frente con María Inés, no supo que responder pues cualquier respuesta había que la

propuesta de jara de existir.